DION, EL ESCLAVO

Pedro Rubén Piñol García

DION, EL ESCLAVO

Pedro Rubén Piñol García

Avant
editorial

Primera edición, octubre de 2026
©Pedro Rubén Piñol García, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com
Diseño de portada: autor de diseño

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 97913884494 20
DL: M-25677-2026
Thema: FRD - FRA -HBLL - FLH

A los sufridos y anónimos habitantes del país
que con su esfuerzo diario hacen que esta sociedad funcione,
que nutren las cifras de sus registros y son los verdaderos artífices
de su progreso.

«Veritas vel mendacio corrumpitur, vel silentio».
(La verdad se corrompe tanto con la mentira como con el silencio).

Cicerón

«Possunt quia posse videntur».
(Pueden porque creen poder).

Virgilio

PRIMERA PARTE

I

Aquel día del largo y cálido verano que se estaba viviendo en la zona, el amanecer había obsequiado a la población con un espectáculo de insólita belleza. Sin embargo, a esa hora del final de la madrugada, la mayoría de los ciudadanos más distinguidos dormían plácidamente en sus fincas. Lo hacían con suma tranquilidad y en compañía de la suave brisa de esos momentos. Alguno de ellos, incluso, se había instalado en un profundo sueño reparador que calmaba el cansancio de una noche de desenfreno.

Muchos veraneantes, que tenían su villa en Roma o en las proximidades de la urbe, se habían trasladado hasta ese enclave para soportar algo mejor la canícula propia de la estación, a la vez que distraerse de una forma adecuada de acuerdo con su visión del ocio, cosa que hacían sin cortapisas y con mucha imaginación. De este modo, creían satisfacer su alto nivel de sibaritismo.

Por otro lado, con la mudanza estival, ese colectivo tan bien situado evitaba los miasmas malolientes que, demasiado a menudo, azotaban a la Ciudad Eterna y a otras poblaciones de significación de la península itálica. En consecuencia, las villas de recreo habían vuelto a proliferar en Pompeya, Herculano y Estabia, como ocurría antes del terremoto del año 62 que asoló una parte de la Campania y, en consecuencia, a esas pequeñas ciudades. Se trataba de una fatalidad que había acontecido durante el gobierno de Nerón, y en una etapa que se perfilaría como tiránica y extravagante en la trayectoria de ese dirigente.

La presencia de aquel desastre, que ya empezaba a quedar relegado al olvido, había posibilitado a sus actuales moradores la adquisición de muchas fincas a un precio sumamente competitivo. Ello, a su vez, había supuesto que alguno de los mayores especuladores de la comarca hiciera buenos negocios con la compra de ese tipo de propiedades. Con todo, tal posibilidad no había incentivado demasiado a la gente mejor situada de la población, que, al tener su residencia habitual en la capital del imperio, había procedido a reconstruir sus grandes mansiones y, en algún caso esporádico, a adquirir alguna casa vecina para ampliar la suya de acuerdo con su conveniencia y la moda del momento.

El amanecer, tan benigno y agradable como el de esa jornada, había acogido el inicio del trasiego de muchos productos que se dirigían a los mercados para satisfacer, con cierta variedad, la demanda de los habitantes de cada población de la zona. Aunque sus portadores nunca transitaban de noche, sí que procuraban aprovechar hasta la más insignificante proporción de la luz del día.

Los conductores del conjunto de carros y carretas, en su mayoría esclavos, a veces dirigidos por su patrón o un encargado designado por él, se habían levantado un poco antes de la salida del sol y, en realidad, habían sido los privilegiados espectadores de la munificencia de ese amanecer. Una aurora que, también, se había convertido en el heraldo de un día espléndido, porque, aparte de ser luminoso, una suave brisa, benefactora y persistente, atemperaba los rigores de la canícula. Ellos, como cada día, habían tenido que despejarse pronto, y algo más tarde les seguiría una miríada de productores que atenderían a todas las actividades para el buen funcionamiento de cada núcleo habitado.

Lo mismo ocurría en cada una de las mansiones y casas de la pequeña ciudad que estamos considerando, donde sus esclavos, o los ciudadanos de a pie más humildes que, por lo general, no tenían ninguno, se habían levantado para incorporarse a su quehacer cotidiano.

Aunque no fuera lo habitual, algunos señores, o sus esposas, también se habían despertado con las primeras luces del alba y, gracias a ello, habían sido testigos de esa aurora tan hermosa. Lo mismo había ocurrido con un esclavo de origen griego que se hallaba en camino y que había saludado respetuosamente a Eos, la diosa de la aurora en el mundo griego, hija de los titanes Hiperión y Tea, hermana de Selene, la luna, y de Helios, el sol. Al hacerlo, y a pesar de ser huérfano desde niño, no había podido reprimir la nostalgia por hallarse tan lejos de su tierra y los suyos, entre los que destacaba a aquellas personas que habían influido en su formación y que mantenía afectuosamente en el recuerdo.

Como le correspondía y era habitual en él, haría su viaje en silencio, pero siempre atento a todo lo que le rodeaba y a todo aquello que pudiera oír y le pareciera interesante. Por eso, entabló conversación con un compatriota mucho más viejo, culto e informado que él. De este modo, consumió la larga espera del desplazamiento, hasta que llegaron a la población elegida por el tratante.

Más tarde, cuando la hora resultaba apropiada, en el mercado de esclavos de Pompeya un orondo mercader, originario de Britania, proclamaba las delicias de una muchacha núbil y de rostro muy delicado. Era una joven

bien formada y sin duda bella que, tras haber sido exhibida con una buena túnica de algodón egipcio, de color blanco arcilloso, su dueño había dejado desnuda sobre la plataforma para resaltar, con mayor detalle, la perfección de sus formas. Junto a ella había otra doncella de raza negra y cuerpo más generoso, cuya piel emitía un brillo muy atractivo y sugerente para la mayoría de los hombres que estaban presenciando la escena, y al lado de esta una de origen asiático, prácticamente sin vello pubiano y con un rostro tan bien cincelado que a todos les pareció de gran hermosura, a la vez que de un exotismo evidente. También habían sido presentadas con una túnica y al poco tiempo desprovistas de ella.

Con la parsimonia de siempre, el comerciante hizo desfilar a cada una de las tres muchachas hacia el borde de la tarima para seguir el protocolo acostumbrado, aunque, gracias a su locuacidad evidente, siempre tenía alguna palabra nueva para romper la rutina a la que se había acostumbrado la concurrencia.

El sujeto, un viejo fortachón y muy barrigudo, se aplicaba en su cometido con una estudiada y elegante sonrisa, que iba acompañada de una voz bastante cantarina pero muy potente, aunque su forma de elogiar a las tres muchachas no dejaba de ser la habitual de su repertorio. Así, se entretuvo durante un cierto tiempo en cantar las virtudes de cada apartado del cuerpo de las jóvenes, poniendo un acento especial en sus entrepiernas, así como en sus nalgas, senos y bocas. Al mismo tiempo, recordaba en cada apartado la hermosura del rostro, algo que realmente tenían las tres. Al acabar, lanzó sus exclamaciones al uso, aumentando el volumen de su voz, cuando dijo:

—¡Por favor, nobles ciudadanos, os ruego que apreciéis debidamente la mercancía que os estoy mostrando! —Casi de inmediato, tras un breve suspiro, señaló lo siguiente, cosa que hizo hablando más bajo y con una cara que pretendía trasmitir toda la veracidad del mundo—: Y decidme si no es una oportunidad poseer a una de estas mujeres, tan hermosas y bien formadas, para honrar debidamente a la diosa Venus con ella. Además, el precio que he fijado por cualquiera de las tres está tan ajustado que es, casi, una ganga.

»Por otro lado —añadió de inmediato y emitiendo un ligero suspiro—, no acostumbra a ser frecuente este tipo de féminas, porque no es fácil conseguir unas bellezas como las que estáis observando. *De facto,* hace algún tiempo que no me ha entrado una mercancía tan genuina y valiosa. ¡Tres magníficas hembras, al precio tan competitivo que he señalado! —volvió a recordar, elevando el volumen de su voz, pero sin llegar al punto de antes.

Como vio que todavía no había ni un cliente que se hubiera interesado por la compra de alguna de ellas, esbozo una amplia sonrisa y se dispuso a seguir con la cantinela acostumbrada. Pero cuando insistió de nuevo en las particularidades de cada joven, oyó varios murmullos en un tono festivo y, al cabo de unos instantes, escuchó algo que ya estaba esperando para iniciar el turno de regateos, porque ese tipo de intervenciones siempre suponían un claro deseo compra. Debido a ello, lo que sus oídos percibieron a continuación, le pareció música celestial a pesar de ciertas intolerancias del lenguaje contra su persona.

—¡Calla, charlatán! ¡No creo que las aceptemos a un precio tan elevado, siquiera lo haremos por muy perfectas, agraciadas y vírgenes que sean! ¿Y sabes por qué? Yo te lo diré: porque este precio es un robo —señaló un ciudadano bien vestido y de rostro aniñado que iba acompañado de uno de sus esclavos.

—¡No digas tonterías, joven! ¡Te puedo asegurar que la cifra es muy ajustada!

—¡Deja de mentir, cabeza monda! ¡Hace tan solo seis días, en Capua, las ofreciste un quince por ciento más baratas! —dijo otro de los presentes.

—¿Estas mujeres tan espléndidas? Seguro que te equivocas.

—¡Seguro que no es así, fornicador! También dijiste que se llamaban Nainé, Hiploe y Asteria.

—Son los nombres que pongo a todas mis doncellas, ¡os lo juro!

—¡Claro, y además les pones la misma cara! ¡Embustero!

—Pero...

—¡Ajusta más el precio, Sulinus! —le gritó un tercer concurrente.

—Pero ¡es imposible! ¡Creedme!

—¡No insistas, porque no te creemos! —respondieron a coro dos compradores que estaban en primera fila.

—¡Pensad en las hembras que os ofrezco! ¡Seguro que harán las delicias del que las compre y de sus amigos! ¡O lo que habréis ganado, al cabo de un año, haciéndolas trabajar en un burdel!

—¡No habremos ganado nada, aunque trabajen toda su vida si cobras un precio tan elevado! —le respondió un hombre obeso y muy bien vestido que regentaba dos lupanares en el sur de la ciudad.

—¡Por favor, no me digas esto, buen empresario!

—¡Precisamente porque lo soy, y entiendo de este negocio, lo digo!

—Pero...

—Te repites demasiado, ¡estafador! Acaba pronto porque no podemos desperdiciar todo el día —manifestó un rico personaje, que seguía la escena en primera fila acompañado de varios hombres.

—Entonces, ¿cuál sería el precio justo, según tú, noble señor?

—¡Tres cuartas partes del que has fijado!

—Pero ¡qué dices! Si las vendiera a ese precio, sería mi ruina.

—¡No perdamos el tiempo, bribón! Si no lo dejas así, te las guardas y damos por vista la mercancía que ofreces.

Como el rico comprador dio orden a sus acompañantes para que iniciaran la vuelta a su casa, el tratante esperó un par de segundos y, con cara más bien apenada, que reprimía muy bien un punto de satisfacción, señaló:

—¡Bien! ¡Bien! Te las venderé porque eres uno de mis mejores clientes.

—¡Correcto! —respondió el acaudalado personaje señalando a sus hombres que no se movieran y permanecieran con él.

—Pero, puedo asegurarte que pierdo dinero.

—Te he dicho que no malgastemos el tiempo. Ahora, muéstranos qué más has traído.

El traficante de esclavos continuó exhibiendo sus lotes, acelerando un poco más la presentación y el regateo, porque pronto sería la hora en que la mayoría de los asistentes se retirarían para ir a las termas y las oportunidades para una venta aceptable disminuirían considerablemente.

Mientras el mercader iba cumpliendo con su cometido, el importante comprador que había adquirido a las jóvenes abandonó el lugar, pero antes habló con uno de sus conocidos para decirle discretamente:

—Mira, ahí está Terencio. Voy a hablar con él de algunos negocios del municipio. Tú quédate para ver si ofrece algún esclavo culto que pueda utilizar como profesor de mis hijos. Si es así, mantén los ojos bien abiertos y desprestigia lo que ofrezca para ver si después, cuando acabe el mercado, se puede comprar a mejor precio.

—Así lo haré, noble Manio.

—Procura ser más hábil que de costumbre, porque últimamente Crátero me está consiguiendo mejores oportunidades.

—Esta vez no podrás quejarte de mí. Ya lo verás.

—Espero que así sea. Nos encontraremos más tarde, en mi almacén número tres.

Aquel día, el mercader tan solo ofreció dos esclavos que pudieran ser utilizados para la finalidad deseada por Manio. El primero era un griego muy mayor, casi un anciano, con amplios conocimientos de filosofía, gramática, retórica e historia que, además, según podía demostrar mediante un certificado solvente, había trabajado en la casa de la familia Julia, lo cual le daba un valor indudable. El precio era elevadísimo, casi prohibitivo, pero el esclavo fue rápidamente vendido para entrar al servicio de Fulvio, el patricio

más rico de la ciudad, que tenía su residencia habitual en Roma y que, como tantos otros personajes ilustres, veraneaba en la población cuando la canícula era más agobiante.

El segundo era un esclavo joven y triste, también griego, con menos conocimientos que el primero y que no poseía curriculum. Sin embargo, salió a la tarima con un precio algo elevado y, gracias a la pericia del agente de Manio, al acabar el mercado, fue vendido a cambio de una cifra muy aceptable.

Algo más tarde, el hombre de Manio se presentó ante él para acordar la comisión que le correspondía por su hábil acción para desprestigiar la mercancía que le interesaba del vendedor. Como ambos conocían el precio de entrada, el que correspondería tras un descuento forzado y el alcanzado al final de la sesión, cuando el mercado ya había acabado, su comisión habitual sería la mitad de la diferencia entre los dos últimos. No obstante, siempre debía clarificarse porque ambos acostumbraban a efectuar un cierto regateo añadido.

—¡Bien! Ya veo que hoy has hecho un buen trabajo —dijo el potentado.

—Ya te lo había dicho antes, noble Manio.

—Lo que no entiendo muy bien es por qué ha vendido al viejo aquí, en lugar de hacerlo en Roma.

—Porque quiere desprenderse de él cuanto antes. Me he enterado de que podría estar muy enfermo y, tal vez, no dure mucho.

—¿Y bien? Eso hubiera podido hacerlo antes, en Roma.

—Claro, pero pensó que aquí lo podría vender a algún provinciano. De este modo, correría menos riesgos si después entablaba un litigio con él.

—Entonces, le ha salido mal la jugada porque, precisamente, lo ha comprado Fulvio, que es el peor enemigo que le podría tocar.

—Estoy de acuerdo contigo. Además, creo que el mercader guardará el dinero para devolvérselo al patricio si el esclavo muere pronto.

—¡Seguro que lo hará!

—También me atrevería a decir que Fulvio se ha percatado del asunto. Por eso lo ha comprado sin regatear, para poderlo utilizar todo el tiempo que dure y recuperar después, con una simple amenaza, el monto de la inversión.

—Conociendo a Fulvio, es muy posible que haya pensado en eso.

—Cada vez estoy más convencido de que ha sido así.

—En fin... Cambiando de asunto, ya veremos cómo funciona mi adquisición.

—Supongo que bien, Manio. El esclavo sabe perfectamente griego porque ha nacido ahí, tiene conocimientos de matemáticas, filosofía, gramática

e historia y, según me ha dicho uno de los ayudantes de Sulinus, también es poeta.

—¡Bien! Tal vez pueda utilizarlo para que recite algo en una de mis fiestas. El gran inconveniente que le veo es que no sepa bastante retórica y declamación.

—Algo sabe, aunque deberá aprender más en ese terreno.

—Y así será, porque si no lo hace pronto, volveré a venderlo.

—Además...

—Además, ¿qué?

—Es bastante joven, y si tiene buena cabeza, sus hijos pueden ser listos como el padre.

—Ya había pensado en eso. En el supuesto de que así sea, lo cruzaré con Astarté e Idola.

—Será una buena idea, noble Manio, hacer que fecunde a tus dos esclavas más inteligentes.

—Por supuesto, los esclavos despiertos y cultos siempre alcanzan un buen precio, inclusive cuando son viejos.

—Tal vez un poco más cuando son viejos.

—Es como el buen vino. A mayor edad, mejor precio, si no se agria, naturalmente.

—¿Respecto a mi comisión, noble Manio?

—Sí, ¿dime?

—¿Podría cobrar la mitad en especie?

—¿En qué tipo de especie?

—Tener a Astarté cuatro noches conmigo.

—¡Ni hablar! Eso ya puedes quitártelo de la cabeza. De momento, la joven se queda para mi solaz exclusivo. Más adelante, ya veremos... Aunque te prometo que la gozarás tú antes que el esclavo.

—Da igual, puedo esperar el tiempo que haga falta.

—Entonces, si lo aceptas sin vencimiento fijado, que así sea.

—Correcto.

—¿Puedo preguntarte por qué te has encaprichado con Astarté?

—Por la mirada altiva que me dirige cuando se cruza conmigo.

—Vaya, eres muy susceptible. Tal vez lo haga porque la desnudas con los ojos.

—Como tú, Manio.

—Claro, pero con la diferencia de que yo soy el amo y me pertenece.

—Es cierto. Ahora, si no me necesitas para nada más, continuaré con mis negocios.

—De acuerdo, puedes retirarte, Lupus.

II

Poco después, la comitiva de Manio, uno de los hombres más ricos de la ciudad, abandonó con paso rápido el punto donde había tenido lugar el encuentro y que estaba un tanto alejado de la plaza del mercado. El nuevo esclavo y las tres beldades, bajo la atenta vigilancia de un par de custodios de la casa, se dirigieron a la hacienda que poseía en el otro extremo de la población. Mientras tanto, él, cómodamente estirado en una litera que le estaba esperando en ese lugar y que transportaban dos jóvenes atléticos de piel muy morena, pasó ante la fachada del principal burdel de la ciudad, uno de los que pertenecía al personaje que había estado en el mercado.

Un par de esclavos estaba retirando el anuncio actual que, periódicamente, el propietario iba cambiando en la fachada de su establecimiento, y que decía:

«HVC VENITE PVERI
VT VIRI SITIS»[1].

En toda la población se alababa el sentido del humor que tenía ese poderoso lenón de la ciudad, algo que se plasmaba con un rótulo ingenioso cada cuatro semanas. Manio sonrió al ver que era retirado el del momento, pero no se entretuvo para contemplar el que iba a sustituirlo. Sin dilación, dio instrucciones a sus esclavos para que aligeraran el paso y se dirigió a la casa de un comerciante de mediano nivel para ultimar los detalles de un contrato de cierta entidad, tarea que se alargó bastante más de lo previsto. Por eso, apenas probó una muestra testimonial del tentempié que le ofrecía su anfitrión.

Al acabar, hizo que lo llevaran sin tardanza a las termas, que a esa hora estaban muy concurridas, cosa que ocurría cada tarde porque, entre otras cosas, era el destino habitual de la gente bien ubicada en el mundo de los negocios, motivo por el que asistía casi a diario si estaba en la localidad.

1 'Venid aquí, chicos, y convertíos en hombres'.

De hecho, Manio había pensado en más de una ocasión que le hubiera gustado frecuentarlas por la mañana, que era cuando su ingenio resultaba más vivo y su mente estaba más lúcida, pero, como la ley indicaba que las termas serían usadas por las mujeres durante la mañana y los varones lo harían durante la tarde, no dio demasiadas vueltas al asunto y se vanaglorió de ser, también, sumamente eficaz durante esa etapa del día. «Y por la noche, si fuera preciso», se dijo, mientras pensaba en ello.

Poco después de franquear la puerta de entrada, se le acercó un hombre fornido y de buena estatura, que le saludó luciendo una franca sonrisa.

—¡Salve, Manio!

—¡Salve, mi buen Aurelio! ¿Cómo está todo?

—De lo más interesante, sin duda.

—Después vendré a que me lo cuentes. Ahora he quedado con Aquilino, que me estará esperando.

—Entendido, ¡hasta luego, entonces!

—¡Hasta pronto!

Antes de llegar al sitio donde le esperaba uno de sus socios, que estaba recibiendo un tonificante masaje de un joven frigio, muy hábil en su cometido, pero de aspecto un tanto andrógino, Manio saludó a un par de personas relacionadas con él por los sutiles lazos de negocios más bien turbios.

Cuando observó al masajista, se quedó mirando la perfección de sus piernas, casi femeninas, y el leve balanceo de su trasero, pequeño y redondeado; una mezcla que, en su opinión, revelaba una dureza exquisita que complementaba un cuerpo sumamente esbelto. La visión le hizo recordar a una joven esclava tracia de la que había gozado ampliamente el año anterior y que, a pesar de sus senos de escaso volumen, le había hecho pasar muy buenos momentos. Sin embargo, cuando rodeó la mesa de masajes, consideró que el oficiante era un varón y, como por arte de ensalmo, los recuerdos eróticos que habían venido a su mente desaparecieron por completo. No obstante, decidió que cuando acabara con Aquilino se sometería a un masaje del joven porque, a su ojo atento, no se le escapaba la gran pericia que desarrollaba en su cometido.

—Vaya, Manio, has tardado mucho. ¿Qué te ha entretenido esta vez?

—Me he quedado hasta poco antes de finalizar el mercado para comprar un esclavo que haga las funciones de *magister ludi* y *grammaticu*s en mi mansión e, incluso, pueda ampliarlas. En suma, que haga de pedagogo y maestro polivalente en la casa, pues, de momento, mis hijos no saldrán de ella para aprender. Después, he pasado por la finca de Eucolpo para matizar ciertas cuestiones de nuestro contrato.

—¡Muy bien!

—Bien dicho.

—En cuanto al *magister,* ¿es para tus hijos?

—Exacto.

—¿Qué tal es el esclavo?

—Es joven. Respecto a sus conocimientos no he podido evaluarlo. Si quisieras prestarme a tu esclavo Gorgias para que lo interrogue, me harías un gran favor.

—Cuenta con ello. Si quieres, lo enviaré hoy mismo.

—Te lo agradecería mucho.

—Entonces, dalo por hecho. A propósito, ¿cómo está tu esposa, la encantadora Iris?

—No sé, la veo algo triste últimamente, tal vez porque es demasiado joven.

—¿Por qué dices eso?

—Porque, a veces, me da la sensación de que me he casado con una niña.

—Pero tiene una educación exquisita.

—Yo diría que tiene una educación bastante inútil para una mujer. Por otro lado, su interés por la cultura me aburre intensamente. Quiere que escuche sus consideraciones, que no son nada prácticas, como si fuera una persona que ha descubierto algo fabuloso. Imagínate, yo, que soy un hombre de negocios, perdiendo el tiempo con sus comentarios absurdos. Pero, como es tan joven, a veces me veo obligado a seguirle el juego como si fuera una cría. Podría parecerse a mi hija Agripina, que a pesar de ser nueve años menor, es muy sagaz para las cosas de la vida.

—Como su padre.

—Ciertamente, como su padre y su abuelo.

—Además, se parece mucho a Juliana, tu primera esposa.

—Es verdad, se parece a mi pobre Juliana, que también era una mujer muy práctica. No sé por qué los dioses tuvieron que arrebatármela.

—Yo no daría vueltas a eso porque no tiene solución.

—Tienes razón. Aunque no sé si hice bien casándome de nuevo y, además, con Iris.

—¿Por qué no hiciste bien?

—Porque a veces me da la sensación de que me sobra su presencia.

—No sé qué decirte, piensa que también es una mujer rica.

—Bien, es cierto, su dote fue espléndida. Pero la verdad es que su padre y yo llevábamos tanto tiempo haciendo negocios juntos que la boda fue una forma más de unir nuestra sociedad.